

NO SABE / NO RESPONDE

Me parece, pues, que en esto yo, aunque poco más, era más sabio, porque no creía saber lo que no sabía.

Sócrates
La Apología

Los ignorantes son los muchos, los necios son los infinitos; y así el que los tuviere a ellos de su parte, ése será señor de un mundo entero.

Gracián

No termina de asombrarme que 2.500 años después de que Sócrates expresara que lo único que sabe es que no sabe, los hombres continúen sin darse cuenta que ahí comienza el camino de la sabiduría secular. El nos enseñó que todos los que no eran conscientes de lo poco que sabían, eran los más ignorantes e insensatos.

Si esa confesión era válida en la Atenas de la Grecia antigua, hoy, en un mundo mucho más extenso, complejo, abigarrado y cambiante, es una verdad del tamaño de un continente.

Según un cálculo hecho por estudiosos de la comunicación, una edición normal del New York Times posee más información que la que obtenía un inglés del siglo dieciocho de cierta cultura durante toda su vida. El ciudadano común se ve hoy acosado por una apabullante avalancha de información que lo abrumba y satura, causándole normalmente una gran confusión.

Si el *dictum* Socrático mencionado es aplicable a los

hombres que dedican varias horas al día a la lectura y análisis de los hechos más sobresalientes de su sociedad y del mundo, así como al estudio de las mentes más lúcidas de la historia, ¿cómo será para la gran mayoría de los seres humanos cuyo interés y conocimiento se circunscribe a un radio de acción muy limitado?

Hemos visto que la premisa básica del credo democrático es la capacidad de la gente para gobernarse a sí misma, y que según esta concepción, la gente posee la madurez, el sentido de responsabilidad, el conocimiento y el discernimiento para saber qué sirve más a sus intereses y a los de su comunidad.

Los primeros demócratas consideraban que un juicio razonable brota espontáneamente de la gente. Hoy sabemos que eso no es siempre cierto. En realidad únicamente estamos en capacidad de responder con algún fundamento a las preguntas relacionadas con los grandes principios. Podemos estar a favor o en contra del ejército, de la libertad religiosa, de la conscripción militar, de la reelección presidencial, de la declaración de guerra a otra nación, de la pena capital, de la censura, del tamaño del Estado, de la educación sexual. El que nuestra posición sea atacada o vilipendiada no le resta fundamento.

Sobre cualquiera de estos temas existen argumentos a favor o en contra con los que se pueden llenar centenares de páginas. Son temas complejos, llenos de aristas. Pero no es posible que exista sobre ellos una respuesta que tenga exactitud técnica o científica. Las respuestas a esas preguntas responden a una forma de ver la vida, a una

filosofía personal. Los conocedores de esos temas han escrito sesudos libros sustentando sus tesis. Pero a esas tesis se oponen otras igualmente serias y fundamentadas. Cuando a los pueblos se les hacen preguntas sobre esos asuntos a menudo expresan un juicio razonable. Esta es una de las razones de la fuerza de la libertad y de la democracia.

La vida pública moderna está además llena de preguntas sobre asuntos en los que, para dar una respuesta que no sea una mera opinión, es necesario tener algún dominio del tema: lo financiero, la salud pública, el financiamiento de las universidades públicas, los programas de ajuste estructural, los sistemas tributarios, las reformas educativas, las reformas jurídicas, los problemas fiscales, las políticas ecológicas. La lista es larga. Para opinar con cierta autoridad y criterio sobre estos temas debemos conocer sobre esa rama del conocimiento. En esos temas es iluso e irresponsable creer que brotará de cada uno de nosotros, espontáneamente, una opinión razonable. Pertenecen a ramas del conocimiento humano sobre el que existen parámetros de medición y verificación bastante exactos. Sin embargo, si un encuestador o un periodista nos pregunta sobre esos temas, tenemos a menudo el descaro de opinar.

Finalmente existen temas sobre los cuales virtualmente nadie puede tener idea ni siquiera aproximada dado que su verificación requeriría un complejísimo trabajo de investigación: cuál es el mejor Ministro, cuál es la mejor institución, cuál es el principal problema del país, cuál va a ser la situación del país el próximo año, etc.

Las respuestas a estas últimas preguntas pertenecen al mundo de las ilusiones, las impresiones y las percepciones. Está bien que nos alimentemos el morbo con las respuestas a esas preguntas, pero no está bien que los periodistas y otros formadores de opinión pública creen que representan un auditoraje público de veracidad, eficiencia y honestidad. Esas respuestas expresan básicamente el mundo de las apariencias sensibles y no necesariamente el de la realidad.

La vida electoral es representativa del grado de obcecación de las creencias políticas de los ciudadanos. Varios estudios han analizado las razones de la afiliación partidaria y muestran las serias dificultades de los votantes para fundamentar sus simpatías más allá de respuestas vagas y poco convincentes tales como "tiene las mejores ideas", "es un hombre con experiencia". Si se le pide a la gente que precise un poco sobre esas ideas o esa experiencia, se la coloca en un aprieto.

Bien sabemos que si un encuestador moderno se encontrara a Sócrates, la mayoría de sus respuestas quedarían bajo el rubro **no sabe/no responde**. En las preguntas de carácter filosófico invitaría al encuestador a un rico diálogo, de manera que pudieran ir descubriendo juntos las verdades y los sofismas del tema.

A veces el rubro **no sabe/no responde** aparece con cifras bastante altas. Cuando eso ocurre me pregunto cuántos de esos entrevistados son discípulos de Sócrates y cuántos son simplemente lo que los sociólogos llaman ciudadanos anómicos. Creo que la mayoría pertenece a este segundo grupo.

La democracia moderna a menudo le pregunta a sus ciudadanos la opinión sobre lo humano y lo divino. Y generalmente la gente responde. Vive pues la democracia en un mar de opiniones dadas por gente que en su gran mayoría es incapaz de fundamentar esas opiniones.